

de realizarla, desconocida.
blo. Mas la Giron-
tiempo al tiempo
s girondinos re-
nos distrajeron
e ley, que no
so de todos,
no cómo los
no se



UN JACOBINO

Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

un gran señor de las antiguas familias parlamentarias y nobles; con títulos aristocráticos de primer orden; con riquezas aglomeradas por las generosidades monárquicas; hechura del Rey; servidor y gentil-hombre suyo, quien, adscrito á la revolución por sus ideas científicas y por su amor á la filosofía, votara la muerte del regio acusado, después de inscribirse sin escrúpulo entre los montañeses; y al votarla, se atrajera cóleras tales del partido reaccionario que le arrancaron la vida, inmolándolo con premeditación en aras de las venganzas realistas. Lepelletier gozaba una renta de medio millón de francos. En la confianza continua y en la intimidad estrecha con los monarcas y con la corte, no creyó tal noble deservir á la Monarquía, sirviendo al Parlamento. De tradiciones parlamentarias, de ideas científicas; empapado en el espíritu generoso de aquella centuria; durante la primer fase revolucionaria, el ideal sostenido por este hombre no pasó allende la Monarquía británica, en que la Realeza puede mucho, pero limitada y restringida por el Parlamento y por la Prensa. Tanto es así, que no quiso acceder á la reunión de la nobleza y el tercer estado, soñando, en su ilusión patricia, con adquirir un Parlamento al modo británico, donde tuvieran los aristócratas poder decisivo y se hombrearan de igual á igual con la monarquía y los monarcas. Lepelletier estuvo junto al Rey en el periodo feliz de su regia historia; junto á los notables, cuando los notables, por última vez, se reunieron; junto á Turgot en el ministerio de las reformas evolutivas y serenas; junto á los aristócratas en la convocación de los Estados generales; pero, al ver triunfante la plebe, tomada la Bastilla, erigida la Constituyente Asamblea; Lepelletier, impulsado por aquel desate de ideas novísimas, se lanzó á la revolución, y no paró en esta su carrera increíble hasta llegar, dando saltos mortales al pie de la Montaña. Espíritu muelle, talento mediano, carácter dulce, ingenio medianísimo; la sangre y la historia le llevaron á la Realeza, mientras la idea filosófica suya y el espectáculo de la nación gobernándose á sí misma le llevaron á la revolución exagerada. Después de haber votado con Robespierre la saludable abrogación de pena tan bárbara como la pena de muerte, un día, en el Congreso constituyente; al poco tiempo votó con Robespierre y con igual inconsecuencia que Robespierre, la muerte del Rey. Autor de sabio código penal y de acertado plan sobre instrucción pública, en uno y otro ensayo depositó su filosofía, elaborando con paciente industria, digna de las abejas, una miel tan sabrosa como la que destilan y condensan los más progresivos principios. Aquellas timideces, criticadas por todos los historiadores de todas las edades en la increíble llanura convencional, lleváronle desde las Presidencias de los salones patricios y de los salones literarios á la Presidencia del club jacobino, es decir, fuera por completo de su centro. La influencia, ejercida por el gran pontífice de la Montaña sobre los pensamientos del pobre Lepelletier, no puede por manera ninguna explicarse; hay que recurrir al magnetismo animal, cuya eficacia doméstica las serpientes feroces y mueve los objetos inanimados. Con decir que Robespierre hizo publicar á su

discípulo un folleto contra las apelaciones al pueblo y contra los aplazamientos del regio proceso, está dicho todo. En estos mínimos detalles encuentra una conciencia limpia con seguridad más porquerías y asquerosidades que en los actos de traición y de crueldad, nacidos por móviles desinteresados, siquier sean criminales y erróneos. Así no hubo un realista convencido, no hubo un viejo constitucional experimentado, no hubo un patricio en todos los grados de la nobleza, que dudase del voto de Lepelletier, creyéndole favorable al Rey, pues no podían imaginar le llevara el influjo de Robespierre hasta una ingratitude, sólo comparable con la ingratitude del Duque de Orleans. Realistas esperanzados como los judíos; nobles reunidos en una conjuración formidable como la que pretendió rescatar al Monarca entre los destacamentos que le conducían al Congreso y al patíbulo; empleados en la servidumbre real; guardias de Corps adscritos al antiguo régimen; muchas gentes acostumbradas al noble duelo y otras inferiores acostumbradas al vil asesinato; los viejos caballeros del puñal; los nuevos emisarios de la emigración; varios empeñados en requerimiento de las venganzas debidas á los manes del mundo aristocrático degollado por los matarifes en las matanzas del inolvidable Septiembre; bravos y condottieros y espadachines y libelistas y calumniadores de oficio; tantos residuos de la tradicional sociedad, se propusieron que Lepelletier votase la vida del Rey, y si no la votaba, que Lepelletier muriese al hierro de los realistas.

Las conjuraciones, aunque una secta particular las promueva, jamás logran resultado alguno, cuando no se fundan en sentimientos extendidos por el seno de las grandes colectividades sociales. La conjuración en favor de Luis XVI se fundaba sobre indudable general piedad. Naturaleza nos ha dotado de una coparticipación en las penas y males de nuestros semejantes desconocida por las especies inferiores. Así los mismos enemigos de la institución del Rey compadecían con ingenua é indeliberada compasión al hombre. Todo padre se acordaba del pobre delincillo, á la vida llegado en los más fastuosos palacios del mundo y por aquella sazón recluido en una fortaleza muy análoga con un panteón y con un sepulcro. No obstante la impopularidad, condensada sobre la orgullosa cabeza de María Antonieta, las esposas se acordaban de que también era esposa, las madres de que también era madre; y todas á una padecían y aun lloraban, pues el martirio había puesto en torno de la familia real un verdadero nimbo religioso, muy superior á todas sus heredadas diademas. ¿Quién deja de interesarse por una hermosa criatura, tan infeliz como la infanta María Teresa? ¿Quién deja de penar con la pena sufrida por aquel ángel parecido al ángel de la pasión, que se llamaba la princesa Isabel? Los historiadores más republicanos cuentan que la sentencia y muerte del Rey causaron súbitos efectos de dolor increíbles. Michelet os dice cómo una pobre mujer, cuando lo supo, se arrojó al Sena, y un peluquero se degolló con sus tijeras, y un mercader de libros se volvió loco, y un oficial antiguo se murió herido en su corazón por el dolor cual si le hubiera herido un rayo. Inútilmente la

Convención dió varios decretos con ánimo de conjurar en lo posible aquellos afectos colectivos; inútilmente propuso algún fanático resoluciones encaminadas á convertir el duelo en fiesta; inútilmente los clubs más numerosos y escuchados dieron á sus más afluentes oradores encargo de justificar el cruel acto; la humanidad latía en todos los pechos y los labios involuntariamente pronunciaban, sobre todo, los labios de las mujeres palabra, en sus entrañas tan sumamente sentida, como la palabra piedad. Un furioso jacobino, en libelo agotado, propuso que todos los ciudadanos celebraran en familia la fecha del regio suplicio, comiéndose un rabo y una oreja de cerdo: nadie le hizo caso. Pensionáronse comediantes y compositores de comedias para que divirtiesen el interés público de la fatal sentencia y lo tornasen hacia la guerra entre los pueblos y los Reyes. El encargo fué cumplido con la mayor actividad, siquier no tuviera el mejor éxito. Así en escena se ponía por aquel tiempo un dramático engendro titulado: *Vamos, esto marcha*. Y allí, sobre las tablas, presentábanse mujeres afaenadas y afanosas; jornaleros adscritos á un trabajo agradable y armónico; cíclopes en la forja; costureras con sus canastillas; músicos acompañando en orquestas numerosas humanitarios himnos, para que la grande actividad popular reemplazase al odio aristocrático, y las campanas de las iglesias se fundieron hasta dejar tan sólo campanarios municipales, convirtiéndose los bronce eclesiásticos en cañones, los sacerdotes en soldados, los seminarios de Teología en escuelas de Marte, los esquifes de las lavanderas en barcos de guerra, el espléndido Luxemburgo en fundición de armas, los médicos y abogados en generales, con lo cual todos los franceses tomarían estaturas titánicas y formarían diez ejércitos de un millón de hombres cada uno, quienes, rebosando en las fronteras nacionales y cayendo sobre las monarquías vecinas, habrían de llamar al derecho las democracias y establecer la libertad en todo el universo. Sin embargo de semejantes curiosos espectáculos, destinados á enaltecer la reciente República; el corazón se sobreponía en esas colectividades anónimas y neutras, poco resueltas por una grande acción continua y forjadoras de un sentimiento público, cuyas causas y orígenes se desconocen, pero que pesa sobre las ideas y los sentimientos sociales, como pesan sobre los nerviosos las chispas de una tonante nube lejana ó el fluido magnético de una boreal aurora que ni siquiera en los horizontes se columbra. Bajo esta presión espiritual, tan cierta y segura como la presión atmosférica, se presentó Lepelletier, después de haber votado la muerte del Monarca y la muerte inmediata, sin remordimiento alguno, en el palacio real, en aquel sitio mágico, especie de Babilonia mercantil y política, sitio siempre de oposición, y por ende siempre dispuesto á recoger todos los conspiradores y propicio á todas las conspiraciones. Lepelletier, habiase forjado poco á poco una conciencia para sí, la cual á su ánimo y á su espíritu permitían votar la muerte del Monarca y disfrutar las rentas, del Monarca recibidas, creyendo todas las conciencias semejantes á la suya, quien de nada le argüía; y se puso tranquilamente á cenar en uno de los comedores más lujosos que tenía